

Tiempo y Eternidad

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

Los odian, pero los necesitan

Tres curitas, amigos míos, estuvieron en la cárcel de Itagiú confesando y atendiendo a los presos. Allí realizan una hermosa labor espiritual junto con un grupo de señoras que atienden a los reclusos. Al llegar se distribuyen entre las secciones y pasan a los patios y celdas. El más pequeño de los tres, un simpático frailecillo de 1.50 metros de alto y ojos claros, se lo llevan hasta el calabozo, donde están los condenados que se han portado mal y tienen que pagar un castigo, valga la redundancia. Lo conducen por un largo pasillo hasta una mazmorra lo bastante grande como para contener a 30 hombres hacinados. Es admirable que en tales condiciones, aún existe el pudor suficiente para ceder un rincón al sacerdote que va consolando a todo el que lo recibe. Conversan en voz baja, con sigilo, como queriendo evitar que los otros escuchen algo que pueda escandalizar a esos hombres que no sólo han oído, sino presenciado hechos atroces. Algunos se confiesan y reciben la absolución con espíritu de compunción y arrepentimiento, otros hablan para desahogarse y no faltan lo que permanecen tirados en el suelo, ni se inmutan. Al final, por ser día de fiesta, se celebra la santa misa. Un camastro sirve de ara sobre la cual se reviste el altar. Llegada la hora de salida, los tres se reúnen en la puerta de la cárcel junto con el grupo de piadosas mujeres. No llevan caminados ni 20 metros cuando comienza una balacera. Sólo se escuchan los disparos, pero no saben ni de dónde provienen los tiros, ni dónde meterse. Con un acto reflejo se refugia detrás de un auto. Un policía les grita que se quiten, que allí corren peligro. No les quedó más opción que volver a la cárcel, al menos allí estarían seguros.

¿Cómo se explica que haya tantos sacerdotes y monjas que renunciando a los placeres del mundo, entreguen y expongan su vida por servir a la porción más despreciable de la sociedad, la integrada por los vagabundos, los desahuciados o los presidiarios? La respuesta la podemos encontrar en la parábola de la vid y los sarmientos de este domingo. Cristo es la vid y nosotros somos los sarmientos. Todo el que permanece unido a la vid da mucho fruto, pero el que no está unido a Dios, no da fruto porque permanece aislado en su egoísmo. La gracia de Dios actúa en los corazones de quienes la reciben y de inmediato los mueve a hacer el bien a los necesitados, por amor a Cristo.

La indiferencia y la irresponsabilidad son la peor de las herejías. No hay cosa más detestable que la gente que todo lo critica y lo condena, pero jamás se ha metido a una cárcel a limpiar un preso o ha pasado por lo menos una noche atendiendo a un enfermo como lo hacen innumerables religiosas. “Por los frutos los reconoceréis”.

Termino con unas palabras que la madre Teresa de Calcuta refirió en un congreso a un nutrido grupo de obispos: “El mundo no los entiende, el mundo no los quiere, pero el mundo los necesita”. twitter.com/jmotaolaurruchi